

EL PROGRESO Y LOS ESPACIOS DE TIEMPO *

ARMANDO P. SPINELLI

SUMARIO: 1. Consecuencias de la intensidad de la vida actual. 2. La medición del tiempo debe hacerse según la "cantidad de vida vivida". 3. Consecuencias de las relaciones penales, sociales, en los fenómenos históricos, pedagógicos, morales y económicos.

METCHNIKOFF, en su libro *La nature humaine*, en que funda un sistema filosófico muy original, se lamenta profundamente del error que padece la intelectualidad mundial. Para el sabio biólogo hay un gravísimo desvío en la tendencia seguida por el espíritu humano en su marcha; cree que el progreso ha errado su ruta al abrir sus múltiples senderos en la maraña de las ciencias distintas, olvidando, o por lo menos dejando en segundo término, el estudio de las ciencias biológicas. Sienta el principio de que siendo la vida el término en el cual el hombre realiza su obra, el continente de toda humana conquista, hay una tarea previa que realizar: prolongar la vida, alejar la muerte.

Digamos de paso y admiremos, la brillante armonía que existe entre la vida de este buscador incansable del agente de la vejez y su filosofía, lo que es raro.

Contemplando las grandes conquistas realizadas por el genio humano, METCHNIKOFF calcula, y de ello se condele, el enorme impulso que ese genio podía haber dado al prolongamiento de la existencia, que es problema primero y capital.

Frente a todos los sistemas que pretenden enmendar la plana a ese fárrago inmenso que se llama *la vida*, se me ocurre una reflexión: que la vida ha seguido y seguirá su ruta, "no obstante" los sistemas filosóficos. Esta misma reflexión aparece al pensar en la objeción del sabio ruso. Pero también se me ocurre pensar que el substratum de dicha reflexión es, en principio, ilevantable.

Hacer la vida más grande no puede menos de ser el fundamental objetivo de la vida; y ese propósito, como un conjuro inquietante, debe dormir y duerme en el fondo de todos los seres.

La humanidad, sin embargo, ha cumplido el objetivo del sabio ruso; ha tratado también, de prolongar la vida, pero, sin duda, por conductos diametralmente opuestos. En lugar de seguir la senda de METCHNIKOFF, en lugar de buscar las causas de la senilidad para combatirlas y llegar a la muerte

* Publicado en la *Revista de filosofía*, Buenos Aires, año VIII, N° V, 1922, págs. 267-280; tomo XVI, 1922, 2; Biblioteca de la Universidad de La Plata. (*La Dirección*).

lejana, fisiológica y natural, en lugar de prolongar la vida claudicante y llena de sinsabores, la humanidad, inconscientemente, ha llegado al mismo fin, no alargando la vida, sino intensificando su marcha. El resultado es el mismo. Nadie puede negar, porque es cuestión de simple observación, que la vida de un hombre es enormemente grande en el siglo XX. Es una verdad incontrovertible que la vida de un hombre actual, desde todo punto de vista, interno y externo, representa muchas vidas de un hombre del medioevo. No se aumentaron los años de vida, pero se aumentó la intensidad de la vida de esos años.

Si quisiéramos comprobar el aserto, nos bastaría con meditar un instante sobre cuántas veces puede hoy un hombre vivir la vida de un hombre de otra era; cuántas cosas le es dado contemplar a un hombre de este siglo, que no habría alcanzado a contemplar el más longevo Matusalén. Y, por último, si no es falso que los órganos se perfeccionan con el uso, cuánta no será la mayor perfección de nuestra psiquis, ajustada y pulida con el roce de los siglos.

Si la prédica del sabio ruso hubiese sido escuchada; si todas las energías humanas se hubiesen dado a prolongar la vida —suponiendo eso posible—, tal vez se hubiese conseguido elevarla a un promedio más o menos alto de duración. Pero esa duración la habría gozado una naturaleza enclenque, enferma, cuyos frutos y cuyos goces habrían sido nulos. La humanidad, al seguir el otro camino, al apresurar el ritmo de su vida, vive más y en pleno vigor físico, en plena vitalidad. Ha duplicado, triplicado, tal vez cuadruplicado la cantidad de vida vivida. Esto, sin contar que al propósito de МЕТЧНИКОВ se opondrían, precisamente, los factores que caracterizan al fenómeno intelectual, es decir, la perenne tensión nerviosa que envenena poco a poco al organismo de los seres que piensan, y que sería menester eliminar, con lo que se eliminaría la vida supraanimal de la especie.

Y aquí me veo precisado a hacer notar una paradoja que me parece irrefutable. La vida moderna, al acrecentar su energía, ha aumentado de volumen; pero a la vez, esa intensificación creciente debida al predominio de la vida psíquica, al “intelectualismo”, característica de ella, trae consigo trastornos de tal manera graves, que, a su vez, tiende a disminuir la vida ontogénica del hombre y éste vive menos tiempo.

No considero necesario abundar a propósito de la influencia perniciosa que tienen sobre el individuo las agitaciones crecientes de los nuevos géneros de vida. Si no falla mi información, ello constituye ya un axioma científico. Pero me limitaré a citar las palabras del ilustre prologuista de la obra de Mosso, *La fatiga*, bella síntesis de un gran pensamiento de economía orgánica. Refiriéndose a los Estados Unidos de Norte América, dice el ilustre pensador: “Aquella nación que trabajaba tanto, que crecía vertiginosamente, que al realizar empresas temerarias convertía en realidad los sueños, se percató de que muchos de sus ciudadanos, los más impulsivos en la febril actividad del comercio y de la industria, de los cambios y de las relaciones mer-

cantiles, de la explotación, de los inventos, del noticierismo, de la incesante acción y reacción de los estímulos en el trabajo, de la sociedad más agitada por el interés, reproducían, en una enfermedad no reseñada anteriormente, todos los síntomas de esa agitación normal, todos los caracteres de ese industrial impulso, dando lugar a que engendraran el insomnio, a que el sueño se sobresaltara con la pesadilla y a que el obrero desbocado no pudiera substraerse al influjo de la actividad hasta desplomarse en los agotamientos de la parálisis y la demencia". "Reduciendo estos hechos a fórmulas sencillas —continúa—, civilización, en el orden de transformación de los pueblos guerreros en pueblos industriales, quiere decir algo que se acerque al hecho fisiológico de transformación de las energías musculares en energías psíquicas; y agotamiento mental, surmenage, neurastenia, locura y suicidio, significan trastornos consecuentes a esa transformación, abusos en el gasto, desequilibrio en la mecánica funcional, fatiga, agotamiento, extenuación".

Luego de referirse a España, para llegar a la conclusión de que el mal americano lo es también europeo, trae una serie de estadísticas que demuestran el estado del mal en aquel país. "Resulta, pues —continúa—, que en estos tiempos, la patología social, sin desconsoladoras intenciones, apunta al lado de lo que es poderío, grandeza, lo que es laxitud, endebles, decadencia que amenaza aniquilar nuestras facultades y extinguir la luz de nuestra vida. Al lado de la pujanza industrial del Reino Unido, señala la progresiva disminución de la estatura de los obreros de Manchester; en contra de los monstruosos aumentos de densidad del organismo social, descubre que los nacimientos disminuyen, que las defunciones aumentan y que la muerte se anticipa; frente a los progresos de la enseñanza hace desfilar legiones de seres deformados, casi ciegos, raquíticos, imbéciles o locos". "Sin embargo —prosigue SALILLAS—, suprimir la lucha, sería suprimir la existencia. Aminorarla, equivaldría a detener el progreso. Se debe luchar en la inteligencia de que todas las actividades sociales se nutren de vidas humanas". "La vida psíquica, la intelectual y la científica, toman cuerpo sobre la sensitiva y la nutritiva y no pueden tomarla sino a expensas de la vida inferior. El medio actual es cada vez más estimulante de aquellas actividades y más deprimente de las otras. Origina el desequilibrio, el déficit patológico, el agotamiento mental y la neurastenia, revelados en la nación más febrilmente activa; el surmenage, confirmado en las naciones más inteligentes; la locura en la raza más laboriosa (hebrea), y la locura y el suicidio progresando con la civilización constantemente".

En fin, podríamos seguir citando la ruina del poderoso cerebro de Leopardi, confesada por él mismo, en la edad infantil; podríamos citar la congoja eterna de Rousseau, agostado en el estudio; Darwin, Nietzsche, etc., si no nos detuviera aquella reflexión de Emerson: para qué decir con palabras ajenas lo que podemos decir con las nuestras.

En efecto: me bastaría mencionar los trastornos producidos por el incesante fragor de la urbe; la tensión diaria cruzando una calzada; el hervidero

de conocimientos que requiere nuestra vida diaria, en la que se requiere ser chofer, dactilógrafo, etc. Bastaría con estudiar el desgaste diario e inevitable que produce todos los días el caudal de noticias que arrojan los grandes rotativos con las noticias mundiales, que son mensajeras cargadas de nerviosidad; bastaría con investigar cuántas ideas mata el canto mecánico de la máquina que escribe; la energía que resta un corto viaje en ferrocarril, y, por último, cómo turba la paz de mi espíritu el cable telefónico que se apoya en el muro de mi habitación, que ronca eternamente y contra el cual no me es dado protestar, so pena de quedarme sin teléfono...

Luego, entonces, es fuerza arribar a la siguiente conclusión: mientras el ritmo de la vida o intensidad se acelera en una progresión geométrica, el tiempo de duración disminuye, por lo menos, en una progresión aritmética; es decir, mientras la cantidad de vida vivida aumenta como 2, 4, 8, 16, 32, 64, etc., la longitud de la vida física disminuye como 12, 10, 8, 6. Lo que sucedería, sencillamente, en una máquina a la cual se le imprimiese cada vez mayor trabajo.

Indudablemente, como resulta de las proporciones que establezco, ganamos con el cambio: vivimos más. Sin duda las proporciones establecidas resultan un tanto empíricas; no creo necesario buscarlas exactas, pues para los efectos que las necesito me basta con dejar sentado cómo la vida cambia de ritmo, de lo cual pueden resultar consecuencias interesantes.¹

Fundados en las observaciones apuntadas podemos dar por sentado algo que ya insinuamos: que desde el punto de vista social, un año del siglo XX es como muchos años del siglo XV. Analicemos objetivamente, es decir, por

¹ No obstante el mucho amor que les tengo, creo que sería tarea vana buscar en los números la expresión de este fenómeno. Por lo menos mis investigaciones en las muy completas tablas demográficas del doctor LATZINA, han sido infructuosas. Supliré, pues, la simpática precisión de los números, con nociones sentidas por el vulgo. Sin embargo, en la página 524 del tomo IV del Censo de 1914, dicho demógrafo, comentando las cifras de RUMELIN y de GOLERTH, dice textualmente: "La población que se distingue por un intenso desarrollo y un rápido crecimiento, acusa generaciones cortas". Lo que traducido a nuestro lenguaje significa: en los pueblos progresistas la existencia se acorta.

No existe la misma deficiencia anotada, en lo que se refiere al suicidio. Las estadísticas comprueban un crecimiento absoluto y relativo realmente alarmantes. En el año 1881, sobre un total de población de 327.323 habitantes, se registraron 36 suicidios; en 1914, sobre un total de 1.575.814 habitantes, se registraron 722, digo registrados, como lo hace notar el doctor LATZINA, porque no se puede decir los que se registraron. Por millón de habitantes en 1881 se produjeron 110; en 1914, 458.

Digamos, a manera de digresión, que Buenos Aires ocupa uno de los primeros puestos entre las ciudades del mundo, con 458 suicidios por millón, "lo que es mucho para una tierra de promisión"...

MORSELLI sostiene que "es un fenómeno social cuya intensidad es directamente proporcional al grado de civilización que distingue a un pueblo". (*Il suicidio. Saggio di statistica morale comparata*, citado por LATZINA.) Nada más exacto, en mi sentir.

otro camino, la cantidad de vida que se halla contenida en ellos; analicemos la cantidad de cosas que en ellos se cumplen y no tardaremos en convencernos de su verdad.

En aquellas edades un hombre que se proponía dar la vuelta al mundo y la daba, ya tenía bien empleada su vida; bien podía decir, usando una expresión mística, que se había ganado la muerte. Eso, cuando a poco de emprender la marcha no se echaba atrás horrorizado por el ejército de fantasmas que asolaban su espíritu. Y en esto de los fantasmas también estriba la superioridad de los años que marchan...

Aquel ateniense, el portentoso corredor que anunció el triunfo de Milciades en Maratón, pagó con su vida joven y plena la no igualada hazaña. La humanidad eternizó su nombre. ¡Cuántas maratones puede correrse hoy el hombre antes de llegar al cabo de su vida! ¡Cuántas maratones, por otra parte, es preciso correr, para que la humanidad eternice su nombre!

Socialmente, pues, un año actual en duración no es como un año de edades pretéritas. Socialmente decimos, porque desde ese punto de vista nos interesa; pero, en rigor de verdad, desde todo punto es distinto. El concepto tiempo, como plenamente lo demuestra GUYAU en su libro *Génesis de la idea de tiempo*, es algo que depende del "ritmo de las sensaciones" y tiene por basamento la vida. Esto, naturalmente, echando por tierra, como lo hace el autor citado, la apriorística y clásica concepción kantiana, inmutable y estática.²

No se trata de una metáfora, no es vana fantasía intelectual; es una verdad arrancada a los tiempos en marcha, es un fruto, bueno o malo, todavía no lo sabemos a punto fijo, que nos brinda el progreso. Vamos a analizar a

² No he incorporado al cuerpo de este trabajo la interesante teoría de GUYAU a propósito del concepto tiempo, pues no he querido que la tesis que sostengo se apoye sobre meras hipótesis. Creo que suficiente basamento tiene en los hechos susceptibles de diaria observación, y como dice FRAUNSTADT: "contra los hechos no hay resistencia..."

Sin embargo resulta interesante conocer cómo pensaba el ilustre filósofo hace cincuenta años, hoy que la noción de tiempo y aun la de espacio sufren recios embates con la teoría de la relatividad. Para GUYAU el concepto no escapa a la doble evolución universal; en la filogenia y en la ontogenia.

Es un concepto que va perfeccionándose con el progreso de la especie. Es un concepto que va perfeccionándose con el crecimiento del individuo. No aparece claramente distinguido en las razas inferiores, cuyos léxicos no poseen términos adecuados para su expresión. Se modifica en las razas evolucionadas que están en condiciones de distinguir cabalmente su presente, su pasado y su futuro.

No existe en el niño, que no posee elementos de localización en el tiempo; existe nítido en el hombre adulto. Todo esto, de suyo, excluye la apriorística e inmutable concepción kantiana.

GUYAU divide su estudio en dos etapas: forma pasiva del tiempo o lo que llama "el hecho"; fondo activo, o sea curso mismo o tiempo propiamente dicho.

A propósito de la primera etapa, llega a la siguiente conclusión: "es un orden de representaciones a la vez diferentes y parecidas formando una pluralidad de grados",

su luz algunos conceptos y algunas ideas, y, por lo pronto, no podremos menos que reconocer que ilumina.

El año, bien se sabe, es una mera división arbitraria en el tiempo. Y desde el romano de 317 días al gregoriano de 365, poco se ha adelantado; el mecanismo es semejante.

Su medida consta de varios procedimientos más o menos estables, más o menos exactos, para satisfacer las relaciones humanas. Y digo más o menos exactos sólo del punto de vista matemático, porque de otros, esa división del tiempo, en cuanto tiende a regir ciertas relaciones de carácter social, es enteramente atrasada y muchas veces inicua. Podríamos decir, glosando a GUYAU, que "los días y los años son otros tantos encasillados vacíos donde distribuimos a gusto todas las sensaciones que llegan a nosotros, y que cuando esos encasillados están llenos y podemos recorrer la serie sin encontrar hiatos, forman lo que se llama el tiempo. Y no solamente —continúa— rotulamos de esa manera nuestros sucesos interiores, sino que clasificamos de la misma manera los sucesos ocurridos antes de nuestra existencia; aún más, imponemos de antemano las mismas subdivisiones al tiempo futuro". Y hemos de agregar que cometemos error, porque llenando esos encasillados (los años) con distinto contenido (la vida), jamás debiéramos pretender, como pretendemos, que sean iguales.

El año nuestro, inmovible e inalterable, diríase dado por una clepsidra fosilizada en su marcha y para una vida desesperadamente monótona y sin cambiantes. Jamás se ha pensado que la vida humana pueda alterar su ritmo y que objetivamente un año se transforme en un siglo. El sol "marchando" más ligero variaría el año; la vida no.

Puesto que esa división es una medida de tiempo a regir, sobre todo, muchos sufrimientos y muchas privaciones, es imprescindible que varíe su textura para que no abarque o contenga ni más amarguras, ni más privaciones. Se impone que la vida distinta nuestra, sugiera un fiel que modifique la rígida estructura de la medida.

Lo que vamos a medir con los años es nuestra vida; si la cantidad de vida aumenta, intensificándose, jamás dos años podrán dar una medida igual

palabras un tanto abstractas y difíciles de alcanzar. Pero donde trata con verdadera novedad el tema es en la otra faz: la activa.

Desde luego el concepto tiempo no es independiente de la noción espacial; para sus primeras representaciones, no obstante la teoría de SPENCER, necesitó de ella.

"Deseando y obrando en la dirección de nuestros deseos, creamos a la vez el espacio y el tiempo; vivimos y el mundo, o lo que llamamos tal, se forma bajo nuestros ojos". "El movimiento en el espacio es lo que crea el tiempo en la conciencia humana. Sin movimiento, nada de tiempo". En fin, poca pretensión puedo tener de desarrollar siquiera decentemente en tan pocas palabras teoría contenida en un libro; pero quiero hacer resaltar a qué grado de originalidad se eleva en estas palabras: "El balancín primitivo que sirve para medir el tiempo y aun contribuye para crearle para nosotros, es el latir más o menos emocionado de nuestro corazón".

de vida. Y hay casos en las relaciones sociales en que la igualdad de los años es la base de todas sus instituciones, siendo, en consecuencia, de una necesidad imperiosa variar el patrón con que se mide. Tal sucede, por ejemplo, con las relaciones penales.

La ciencia penal ha consagrado pretéritamente una escala de penas destinadas a reprimir a los individuos que comprometen la seguridad social; dicha escala de penas no es, como muy bien lo dice el doctor RIVAROLA, de una justicia absoluta; más o menos responde a la necesidad social.

Supongamos un individuo que cometa el delito de homicidio con agravantes; la ley le dice: tiene 25 años de reclusión. Y la ley es más o menos justa; todo lo que puedan serlo las cosas humanas. Pero es que la ley dice también: yo castigo con 25 años de reclusión al delito cometido hoy y castigo con 25 años el delito cometido hace 5 décadas o el que se cometa de aquí a 5 décadas. Entonces la ley es profundamente injusta. El índice de 25 años estuvo muy bien hace 50, cuando la vida de aquel tiempo y su ciencia lo reclamaba; pero ahora, visiblemente, nuestra vida reclama otro.

Sentada la tesis de que la vida apresura su ritmo y que hoy se vive más, no osaría yo aventurar en cuántos se transformaron los 25 años de antaño.

El hombre que hoy es condenado con la pena de ayer, siente bullir y correr sobre el techado de su reclusión una vida agitada, rica y varia, que no es, por cierto, la lenta vida que se deslizaba por sobre los calabozos de la Bastilla o del Temple. El hombre que hoy es condenado a 25 años, con la más varia, más fecunda —como que para viariarla y hacerla fecunda concurren los generosos cerebros de sus semejantes—, cuando salga de su prisión nadie puede aventurar si no será relegado a la mísera condición de un hotentote en plena patria, vil resabio de una vida que ya va muy lejos.³ La pena de ayer, aplicada hoy, le ha restado una cantidad enorme de vida. Lo que la ley mandó es que a ese hombre, y por su culpa, se le restasen 25 años de convivencia social; pero no sabemos, sinceramente, cuántos se le restaron.

Hay un experimento que subyuga, y no sé qué daría por poderlo realizar; consiste en medir cuánto es el anhelo de los prisioneros de nuestras limpias cárceles por recobrar su libertad, y compararlo con los de las húmedas y frías de la Edad Media. No me cabe duda de que quedaríamos pasmados ante el afán estupendo con que ansían la libertad los reclusos de hoy. Por esto no me sorprenden los detalles de algunas evasiones; ¡cómo meditaron en la som-

³ Leo a pasar, en una revista de la fecha, estas palabras que no parece sino que hubiesen sido escritas por mi mano: "Hace algunos años, un hombre que salió de un presidio alemán, donde estuvo encerrado durante treinta y cinco años, recibió tal impresión al asomarse a la calle, que pidió por favor le permitieran volver a la celda. Los tranvías eléctricos, automóviles, motocicletas y aun bicicletas eran vehículos nuevos para él y temblaba como un niño". (*Mundo Argentino*, marzo 1º de 1922.) Palabras altamente confirmatorias y con un intenso fondo de verdad.

bra, cómo calcularon, y, por último, cómo se vengaron del compañero que los delató! ¡Que tal es la virtud de la superación constante, en el acrecentamiento del optimismo humano! Optimismo humano fruto del progreso, contra el cual se estrellan sin cesar las religiones ascéticas y perdularias que sintetizan su credo en esta palabra: renunciación. ¡No se renuncia ya a la vida: es demasiado bella!

Creo firmemente que la fosilización de las penas y la discordancia con estas ideas dinámicas, implicaría un delito de lesa civilización. ¡Y qué doloroso resultaría! Mientras la ciencia generosa y el progreso se empeñan en brindar al hombre (no sabe si es delincuente) algo que el hombre anhela: vida, la ciencia penal, rígida e inmóvil, se empeñaría en quitársela.

Considero esta exposición de una verdad honrada. Todo me dice de su exactitud y me anima a pregonarla, el tiempo. El tiempo marchando, me dice con su voz secular cómo las verdades fatalmente aparecen en un momento preciso.

En el siglo XVII el Marqués de Beccaría, con una prédica que ha pasado a la historia, ataca la monstruosidad de los castigos corporales, cánón al parecer inmovible en la ciencia del tiempo. Es que el medio, evolucionado, dijo en aquel gran corazón que ya no convenían; que las penas corporales eran exorbitantes.

Hoy el ambiente nos dice que no basta con que no se torture al reo, que es necesario que varíen las penas siguiendo a la vida, pues que el delito es el mismo. Un nuevo criterio, pues, se impone, que vaya corrigiendo el error que se produce en el cada vez más claudicante reloj del tiempo.

Pero argumentos pueden hacerse contra la tesis sostenida. Por ejemplo: la sociedad no se venga del delincuente, lo corrige. Todas las teorías del mundo, pues, no harán que la sociedad cambie de criterio, mientras no se garantice que el reo saldrá curado de su prisión. Y los tiempos fijados son los que la ciencia considera prudentes para corregir a los malhechores. Pongo la controversia en el más alto plano a que haya llegado la ciencia penal.

La ciencia considera que para corregir a un malhechor se necesitan tantos años; pero consideró eso antaño, ¿y es por ventura admisible que mientras todo marcha en una rauda carrera, permanezca estacionaria la ciencia que corrige individuos? ¿No es anticientífico afirmar esa unilateralidad en el progreso? Y, en efecto. Bastaría mencionar los ensayos de GUYAU sobre las dobles personalidades psíquicas en el capítulo *Posibilidad de moralizar y desmoralizar*;⁴ bastaría mencionar las experiencias del doctor LIEUBAULT DE NANCY, quien "ha logrado, mediante una sola sugestión, transformar en trabajador activo a un niño de pereza obstinada". En fin, bastaría mencionar los progresos sorprendentes que se realizan en otras ciencias psicológicas.

⁴ *Educación y herencia*, traducción de A. Posadas.

Y el argumento arriba apuntado como contrario, es el más sólido que aduzco en favor de la tesis que sostengo, porque me confirma que ella surge en armonía con toda la ciencia que es siempre armónica.

Podría hacerse el análisis de otros argumentos, pero ello nos llevaría demasiado lejos y quitaría a este trabajo el carácter de generalidad que quiero darle.

Voy a esbozar otra conclusión que fluye de la tesis enunciada

El ilustre pensador GUSTAVO LE BON, en su obra *Psicología de las multitudes*, páginas 109, 110, 111, hablando de movimientos sociales modernos, reclama la atención sobre el error en que incurren los directores de dichos movimientos al pretender realizarlos en términos harto breves. Cito a ese escritor en este caso concreto, pero el concepto es carne en muchos otros.

Con motivo de la pasada revolución rusa, mucho se dijo de la posibilidad de realizar un movimiento de tan vastas proporciones y darle forma estable en 3 ó 4 años. El ejemplo de todos los movimientos de la historia, se arguye, nos muestra que se requiere un período mucho más largo, etc. Ese argumento, usado unas veces en favor y otras en contra, no me interesa sino intrínsecamente.

Creo que hay en esos conceptos un error de óptica histórica. No es posible juzgar dos fenómenos, cronológicamente distintos, con el mismo criterio; no es posible medirlos con la misma vara, si se tiene en cuenta el ritmo cambiante de la vida. Si algo grande hay en esos hechos, imperecedero, eterno, es la vida interrumpiendo, avasalladora y tremenda, ya sea en las galerías de la Bastilla, ya en el aristocrático patio del Kremlin. Esos fenómenos, a grandes rasgos mirados, son convulsiones vitales formidables; es fundamental, pues, que se contemple la condición distinta de la vida que en ellos influye.

Creo que en este sentido es falso el ejemplo de los pasados hechos históricos; es posible realizar hoy un movimiento social en un tiempo corto, por que un año nuestro, con la enorme potencialidad cerebral de nuestros hombres, con el apoyo de nuestra formidable ingeniería, todo ello constituye nuestra vida, es un siglo proyectándolo en el pasado. Yerran los pensadores que observan el pasado y no contemplan la faz cambiante de nuestra vida. Hay que contemplarla y el fenómeno histórico cobrará un dinamismo desconocido; la antigüedad nos parecerá, en años, enormemente larga; sus hechos, diluídos en un espacio de tiempo casi infinito; nuestra era se estrechará en un límite reducido; nuestro medio semejará un enorme fárrago aglomcrado en corto espacio.

Por lo pronto, renuncie el historiador a rotular los siglos según conquista determinada, pues ¿cómo habría de llamarse con nombre especial una época en que brotan las conquistas, las innovaciones y las ideas en forma estupidamente acelerada?

He aquí, pues, la visión histórica que nos sugiere este concepto: el pasado enormemente largo, cuasi infinito; el futuro corto, infinitamente corto pero rebosante de palpitaciones.

Una cantidad de otras consecuencias se explican teniendo en cuenta las nuevas formas que cobra la vida; conceptos intuitivamente sentidos por el alma del pueblo, verdaderos hechos para el observador.

Las gentes todas se dan en decir que la juventud nuestra es mucho más precoz que la de antaño. Laméntanse los viejos de que los niños de hoy hacen cosas, malas y buenas, propias de hombres.

Los padres pierden más presto su influjo; los cafés se pueblan de pollitos. A los colegios nacionales de antaño sólo concurrían verdaderos hombres; hoy asisten verdaderos niños, pero indiscutiblemente niños terribles. Es un fenómeno interesante. Diríase que nuestra juventud de hoy es más aplicada pero más desvergonzada que la de antes. Y yo encuentro una explicación perfectamente racional.

La juventud despierta más temprano a la vida, porque esa vida, en el corto espacio de su niñez, desenvuelve ante su vista muchas más cosas que antaño. Catorce años pasados junto al regazo maternal, es mucha vida plácida que se desliza, para la nuestra que tiende a acortarse y los deberes y los estímulos surgen innúmeros para acicatear al joven. Debe ser por esto, tal vez, que en los hombres adultos, la visión nebulosa de la edad feliz e inocente es cada vez más y más pálida, y acaso los viejos tengan razón al afirmar que el mundo es cada vez más y más avieso... Es que los hombres se sienten más alejados y menos influídos por la inocencia.

Quizá también sea en virtud de la tesis más arriba apuntada que los pedagogos no logran ponerse de acuerdo sobre la edad más propicia para la iniciación de las tareas intelectuales.

En efecto, mientras la vida cada vez más refinadamente psíquica e intensa, "tomando cuerpo sobre la sensitiva y nutritiva", según un fisiólogo, solicita al niño, ese mismo hecho, debilitando su organismo, lo pone en malas condiciones para tales tareas. Agreguemos a este problema complicado la cambiante infinita del estímulo, acorde con el progreso, y justificaremos el estupor pedagógico. El problema es hartamente complicado, pero en mi concepto queda bien planteado así: los estímulos crecientes llaman cada vez más tempranamente al niño, pero su organismo cada vez más débil, indica la conveniencia de defenderlo de esa atracción. JUAN AGUSTÍN GARCÍA, en uno de sus artículos publicado en *La Prensa*,⁵ comentaba la precocidad de las juventudes estudiantiles de hoy, a quienes seducen las más altas preocupaciones ideológicas en edad en que antaño los niños sólo se solazaban en niñerías. Y sin dar gran importancia a eso que considera petulancia infantil, remedo hombruno, entre irónico y paternal reafirma con su autoridad el consejo de su amigo, que

⁵ Sobre nuestra incultura, página 15.

preguntado por jóvenes estudiantes sobre la actitud a asumir frente a estos graves problemas contemporáneos, les respondía: obedecer, estudiar y divertirse mucho.

¡Cuán lejos me siento de la posición mental del sabio maestro de la *Ciudad Indiana!* Muy serio reputo ese anhelo juvenil, omo que lo considero un mandato tan ineludible como puede serlo en su instante la vida, en su hora la paternidad y a la postre la muerte. La vida nuestra, veloz y agitada, impone eso a los jóvenes y no es necesario apurar el análisis para comprender cómo no ganan con el cambio y cuánto desearían continuar su solaz infantil. No comulgo con el ilustre escritor. El snobismo, la petulancia juvenil, en mi concepto factores triviales, no pueden alterar el concierto de una vida y el desenvolvimiento de una sociedad.

BERNARD MACFADDEN dice también: “¿Por qué hacemos serios y graves demasiado pronto? Tratemos de conservar nuestro espíritu juvenil todo el tiempo que podamos.” Es toda una plegaria: seamos niños, ¡eternamente niños! ¿Quién que recuerde los inefables goces de la infancia no sumará sus voces a esa jaculatoria apasionada? ¿Quién no buscaría retardar su entrada al mar bravío y áspero de la plenitud? Pero ¡ay!, vientos recios, empuje irresistible nos arrastra cada vez más presto, y ese empuje lo hemos colocado en el altar más alto, le debemos ofrendas, le brindamos sacrificios, le llamamos progreso, mejoramiento. En aras de ese anhelo ofrendamos la paz de nuestro espíritu, nuestra infancia, nuestra juventud.

La faz nueva que cobra a nuestra vista la vida, a influjo de la irrupción acrecentada del progreso, es tan extensa, es tan varia, es tan amplia, que me permito afirmar que todas las manifestaciones sociales se sienten influenciadas por ese cambio que he tratado de concretar. El afán siempre creciente del mundo obrero por trabajar menos horas y ganar más, ¿no hallaría una explicación, analizando el problema a la luz que arroja la tesis que glosamos? La intensificación de la vida hace que el obrero produzca cada vez más, porque se aguzza su facultad productiva en virtud de la función cada vez más perfeccionada de su órgano en continuo trabajo, porque la inteligencia —carácter saliente de la civilización— suya y ajena, dirigen con más perfección su músculo en tensión;⁶ porque, en fin, todo eso que sintetizamos con el vocablo “civilización” colabora con él haciendo que las 8 horas de hoy representen mucho más que el clásico “de sol a sol” de antaño.

A la vez, como antes lo expresamos, su capital orgánico —único capital— sufre una reducción que se acrecienta con esos factores. Siente, pues, ese genio avizor que duerme en el fondo de todo ser, que produce más y que gasta más y cada día más. ¿No es justo, filosóficamente justo, que defienda

⁶ El sistema Taylor del cronometraje industrial, creo que es la cumbre de la tendencia. Podría sintetizarse diciendo que es el aprovechamiento científicamente medido de las energías del obrero.

en una lucha elemental su organismo buscando trabajar menos y tratando de cobrar proporcionalmente a la energía que gasta?

Muchos días después de escrito este trabajo, llegaronme elementos con los que pude conocer lo que era la teoría de la relatividad de MINKOWSKI y EINSTEIN. Un vago presentimiento y sobre todo el conocimiento de la génesis de las ideas que brotan como los hongos, en épocas determinadas, me anunciaba puntos de contacto entre las ideas enunciadas y las del sabio alemán. No es así. La teoría de la relatividad, atrevida concepción de una mente poderosa, es de fundamentos y aplicación puramente matemática. Esto es, al menos, en manos de EINSTEIN. Los demás frutos vendrán de los sucesores. EINSTEIN, puesto en el trance de explicarse ciertas lagunas contra las cuales no había podido la ciencia, da en "introducir en las relaciones matemáticas un tiempo variable según la velocidad del objeto en movimiento". Y se aclararon las anomalías.

Ante estas ideas contrarias a viejos prejuicios, ¿qué de extraño hay que en las relaciones sociales se puntualice la variación de un patrón consagrado y la necesidad de modificar dicho patrón, que es lo que me propongo. Mi trabajo, indiscutiblemente, parte de bases distintas. Y si se me permite un rasgo de vanidad juvenil, diré que tiene de simpático el sometimiento de ese tirano legendario de nuestra felicidad, el tiempo, al imperio avasallador y humano del progreso.

Siempre sentimos achicarse el corazón ante su marcha incontrastable; hoy percibimos la posibilidad de un optimismo positivo, ante la visión de su carrera superada por la vida. "Un ser que tuviese el poder mágico de hacer variar el tiempo a su gusto, decía GUSTAVO LE BON, tendría el poder que los creyentes le atribuyen a Dios." Y, agreguemos nosotros, que algo creemos alcanzable de ese poder.

DER FORTSCHRITT UND DIE ZEITRÄUME

Zusammenfassung

Das Ziel der Menschheit die Lebensdauer zu verlängern ist im Begriff erreicht zu werden, jedoch nicht unmittelbar durch Vermehrung der Jahre, sondern mittelbar durch Intensivierung des jährlichen Lebensrythmus. Obwohl dieser Zuwachs des Lebensinhalts, durch die ihn begleitenden Störungen die ontogenische Lebensdauer des Menschen verkürzt, muss man bemerken, dass diese Verkürzung in arithmetischer Progression vor sich geht, während der Lebensrythmus in geometrischer Progression beschleunigt wird. Demzufolge ist das Endergebnis positiv: Die Lebenszeit des heutigen Menschen ist grösser als früher.

In Anbetracht dieser Feststellung ist es selbstverständlich, dass die Zeiteinheiten Tag und Jahr ungeeignet sind, den Umfang unseres Lebens zu messen. Um ein geeignetes Mass zu erhalten, ist es nötig, den zeitlichen Masstab zu ändern. Deswegen ist auch das System der Zeitabschnitte, das für das Messen sozialer Erscheinungen festgelegt ist, ein geschichtlicher optischer Irrtum. Es ist nicht möglich zwei chronologisch verschiedene Erscheinungen mit dem gleichen Masstab zu beurteilen, wenn man den

veränderten Lebensrythmus bedenkt. Im geschichtlichen Ausblick, den uns die neue zeitliche Optik ermöglicht, erscheint die Kalenderperiode ungeheuer lang in der Vergangenheit und sehr kurz aber voller Leben in der Zukunft.

Wenn man diese Schlussfolgerungen in Betracht ziehen würde, so würde unsere soziale Ordnung von vielen Unzulänglichkeiten befreit sein. Ein Beweis des Widerspruchs mit diesen dynamischen Gedanken ist z.B. das soziale Unverständnis gegenüber dem wachsenden Streben der Arbeiter, weniger Stunden zu arbeiten und mehr zu verdienen.

LE PROGRÈS ET LES ESPACES DE TEMPS

Résumé

Le but de l'humanité de prolonger la vie est en train d'être atteint; il est vrai, pas directement en augmentant le nombre des années, mais en intensifiant le rythme annuel de la vie. Malgré que cet accroissement du volume, par les perturbations qui l'accompagnent, provoque une diminution de la vie ontogénique, il faut prendre en considération que, tandis que cette diminution a lieu en progression arithmétique, le rythme de la vie augmente en progression géométrique de manière que le résultat final est positif: le temps de la vie de l'homme contemporain est plus long que dans le passé.

Ceci nous mène à la constatation évidente que les unités de mesure du temps, jour et année, ne sont pas adéquates pour mesurer le volume de la vie. Si on veut obtenir une bonne mesure il est nécessaire de changer l'échelle. Il en résulte que le système de division en périodes pour mesurer les phénomènes sociaux contient une erreur d'optique historique. Il n'est pas possible de juger deux phénomènes chronologiquement différents, selon la même norme, si on considère le changement de rythme. Dans la vision historique que nous offre la nouvelle optique, les périodes du calendrier nous paraissent excessivement longues dans le passé, tandis que dans le future elles nous paraissent courtes et pleines de vie.

Notre ordre social serait libéré de beaucoup d'anomalies si on tenait compte de ces conclusions. Une preuve de discordance avec ces idées dynamiques est la incompréhension sociale des exigences des ouvriers de travailler moins d'heures et de gagner davantage.

PROGRESS AND TIME SPACES

Summary

The aim of man to lengthen the duration of life is about to be achieved although not directly by increasing the number of years, but indirectly by intensifying the annual rhythm of life. Although it is true that such an increase in the volume of life shortens its length, it must be taken into consideration that whilst the shortening takes place in an arithmetic progression, the rhythm of life increases in geometric progression. Consequently the final result is positive: life today is longer than before.

This consideration leads to the obvious conclusion that our calendar units, day and year, are unsuitable measures for the volume of life and we have to find some other kind of scales. The system of measuring the social phenomena by dividing the time in periods is an optical error. It is not possible to judge chronologically different phenomena by the same standard, once the changes in the rhythm are considered. In the historical vision which the new temporal optics suggests, a calendar period appears as very long in the past, whereas in the future it is short and full of life.

Would these conclusions be taken into consideration, many anomalies of our social system would be avoided. A proof of its discordance with these dynamic ideas,

is the social uncomprehension of the increasing claims of labour for less working hours and higher wages.

IL PROGRESSO E GLI SPAZI DI TEMPO

Riassunto

Si sta raggiungendo la meta dell'umanità di prolungare la vita dell'uomo, ma non aumentando in modo diretto gli anni, senonchè indirettamente, intensificando il ritmo annuale della vita. Sebbene questo incremento del volume di vita; a causa dei disturbi di cui è composto, provoca a sua volta una diminuzione della durata della vita ontogenica dell'uomo, ciò non ostante, bisogna aver presente che questa diminuzione si realizza in progressione aritmetica, mentre il ritmo della vita si accelera in progressione geometrica. Di conseguenza, il saldo è positivo: quindi la durata della vita dell'uomo contemporaneo è più lunga di quella d'altri tempi.

Di fronte a questa comprovazione, risulta ovvio che l'unità di misura del calendario, il giorno e gli anni, è poco adeguata per misurare la dimensione della nostra vita. Se si vuole un buon contatore è necessario cambiare il riferimento temporale. Ne deriva allora che anche nella tecnica del frazionamento dei periodi stabiliti per misurare i fenomeni sociali esiste un errore di ottica storica. Non è possibile giudicare due fenomeni, cronologicamente distinti, con la stessa verga, se si prende in considerazione il ritmo cambiante della vita. Nella visione storica che ci suggerisce la nuova ottica temporale, il periodo del calendario apparisce nel passato enormemente lungo, mentre che nel futuro abbastanza corto, ma riboccante di vita.

Se si prendessero in considerazione queste conclusioni, il nostro assetto sociale si libererebbe di molte anomalie. Una prova di discordanza con queste idee dinamiche l'abbiamo, per esempio, al comprovare la incompienza sociale di fronte al desiderio sempre crescente del mondo operaio di lavorare meno e guadagnar di più.